



# El Tiempo de la Memoria

J. Ramón Rey García

Epílogo de  
Jesús García Fernández

**Scriptorium**

Os Papeis de Herbón



Historia sentimental de un niño sobre su estancia y vivencias con compañeros, profesores y frailes en el seminario franciscano de San Antonio de Herbón durante cinco años (1955-1960), en plena época franquista del nacionalcatolicismo.

**exherbon.org**

# **El Tiempo de la Memoria**

**J. Ramón Rey García**

© 2014, *El tiempo de la Memoria*

© J. Ramón Rey García

Edición:

**H** Exherbon.org

[www.exherbon.org](http://www.exherbon.org)

**Scriptorium**

Os Papeis de Herbón

Publicación conmemorativa

VIII Centenario de la Visita de San Francisco de Asís a Santiago



Apéndice:

© Jesús García Fernández

Cubierta e ilustración:

© Irene Barrasa Ramos

Maqueta y diseño:

**WEBTALLER GALICIA**

[www.webtallergalicia.net](http://www.webtallergalicia.net)

Primera edición en Exherbon.org; julio de 2014

Depósito legal:

ISBN:

Impreso y encuadernado por



Printed in Spain - Impreso en España



**J. Ramón Rey García** nace en 1945 en el marineru pueblo de Louro (Muros, A Coruña). En setembro de 1955 ingresa en el Seminario Franciscano de Herbón (Padrón-A Coruña), donde inicia la preparación para alcanzar el sacerdocio religioso franciscano. Cursa toda esta larga carrera, formada por cinco años de Humanidades en Herbón, uno de noviciado en Santiago, tres de Filosofía en Pontearreas y cuatro de Teología en Santiago.

Durante dos cursos académicos (1968/1970) ejerce como profesor de Lengua y Literatura y otras materias en el Seminario donde había comenzado. En 1969 se ordena sacerdote en Herbón y en 1970 se traslada a Roma para cursar, durante otros dos años, los estudios de la Licenciatura en Sagrada Teología en el Pontificio Ateneo Antoniano, via Merulana, 124.

A finales de 1972 se incorpora a la comunidad franciscana de A Coruña, donde ejerce de profesor en algunos colegios –uno de chicas y otro de chicos– hasta 1980, en que se pasa al estado civil. Desde entonces profesionalmente sigue como profesor en el colegio mixto Agarimo en la misma capital. Se casa con Maribel Ribeiro y tienen un hijo, Juan Ramón. Prematuramente fallece de cáncer en 2006.

Nuestra gratitud muy cariñosa y sincera a Maribel y Juan Ramón por su autorización y colaboración para que estas *Memorias* puedan estar ahora al alcance de todos sus compañeros, coincidiendo con su octavo aniversario.



## Índice

Presentación	9
Regreso al paraíso deshabitado	10
Palabras previas	11
1. Tiempo inicial: Louro	16
2. Tiempo de llegada: Herbón	24
3. Tiempo de iniciación	27
4. Tiempo de estudio	37
5. Tiempo de recreo	44
6. Intermedio	47
7. Tiempo de paseo	48
8. Tiempo de vacaciones	52
9. Tiempo de sufrimiento	56
10. Tiempo de clase: los profesores	64
11. Tiempo de fiesta	80
12. Tiempo de oración	81
13. Tiempo ordinario	83
14. Tiempo variable	85
15. Tiempo que fluye: el Ulla	88
16. Tiempo fuerte	91
Epílogo	100
Publicaciones de los Exalumnos	133





## Presentación

Las páginas que siguen fueron escritas a lo largo de muchas tardes de ocio. En principio, no obedecían a ningún proyecto explícito, a ningún plan preconcebido. Se trataba solamente de evocar de alguna manera los años pasados en Herbón. Más tarde surgió también la idea de hablar sobre las etapas siguientes y, poco a poco, quedó fijado el esquema de lo que ahora tienes en tus manos.

No sé el interés que esto puede ofrecer. Para los que han vivido la experiencia hasta el final todo les resultará, cuando menos, inteligible. A los que han ido abandonando en las etapas intermedias, habrá cosas que, por no haberlas vivido ni conocido, les pueden resultar ajenas y lejanas. Para todos los demás, probablemente, se trate de algo sin relevancia ni atractivo, tal vez hermético, incomprensible y tedioso.

De todas formas, a mí me ha servido para conjurar algunos malos espíritus o demonios, de ese género que sólo se expulsan poniéndolos al descubierto. Casi dos años he tardado en terminarlo porque no siempre estos malos espíritus están activos y hay largos períodos en que otros de sus compañeros se muestran más beligerantes. Estas cosas las he escrito pensando tanto en mí como en todos los amigos que aquí nombro y a los cuales quisiera con estas líneas demostrarles mi afecto.

A Coruña, primavera de 2004

REGRESO AL PARAÍSO DESHABITADO (Colegio de Herbón)

*Para volver aquí he desandado  
los caminos del tiempo y la memoria.*

*En pie siguen los muros  
y es el mismo el volumen  
del aire y de la luz que aquí se acogen.*

*Pero el viento ha olvidado sus canciones.*

*Las piedras son las mismas,  
idénticos también son los espacios.*

*Se ha posado dormida  
la luz sobre las hojas.*

*Desorientado y mudo,  
vagabundea el viento entre los árboles.*

*Tan sólo ellos no están.*

*Sigue el agua su curso por el río  
y la piedra sagrada aún vierte el agua.  
El jardín, la alameda, los caminos  
su geometría dibujan como entonces.*

*Ellos, ¿a dónde han ido?*

*Los que el aire colmaban con sus voces,  
compitiendo en sus sueños con las nubes,  
declarándose hermanos de los pájaros,*

*¿a dónde han ido?*

*Al aire, agua, al árbol,  
a la piedra y al viento les pregunto:*

*¿Por qué ellos no están? ¿A dónde han ido?*

## Palabras previas

Hubo una vez un convento franciscano en la orillas de un río. Hubo un tiempo en el cual las murallas del convento eran las fronteras del mundo para muchos niños y adolescentes que allí vivían internos, llegados de geografías diversas y por diversos motivos que ellos mismos ignoraban. Sucedieron allí hechos aparentemente triviales, surgieron amistades sinceras, en una convivencia larga y profunda. Niños y adolescentes participaron del mismo pan y de las mismas palabras, comulgaron las mismas ideas, respiraron el mismo aire. Algunos se separaron pronto y volvieron a su ambiente natural, a su pueblo, a su familia. Otros llegaron más lejos. Unos pocos incluso siguieron hasta el final del largo y difícil viaje.

Pero aquellas amistades, aquellos nombres, tantos ideales, sentimientos, angustias o ilusiones compartidos quedaron grabados indeleblemente en el corazón de todos. Por tratarse del período más delicado de la vida, en un ambiente que hoy se nos antoja anómalo y casi inimaginable, todos los que allí vivieron y convivieron guardan en su corazón la agridulce memoria de aquel tiempo. No han podido olvidar tampoco los nombres, los juegos, los estudios, los maestros y profesores, los espacios, las obsesiones, los conocimientos que de alguna manera marcarían desde el inconsciente, de forma sutil, sus vidas.

Larguísimos años han vivido unos ausentes de los otros, aunque podían surgir preguntas como ésta: ¿qué habrá sido de Pedro, de Ángel, de Jesús, de Silva?, cada vez que el tiempo perdido era, aunque por breves momentos, recuperado y la mirada del recuerdo avistaba el inicio del camino recorrido.

Pero a veces suceden cosas extrañas. Alguien, tal vez bajo el impulso de esa pregunta, ha conseguido que los viejos amigos vuelvan a verse, a reconocerse, a recordarse y a emocionarse. Cuando por primera vez pude abrazar a mis compañeros de entonces, poner nombre a la figura de cada uno y llenar mi corazón como un cántaro con el vino añejo de la amistad que no muere, algo se conmovió dentro de mí y el ambiente era un pulular de búsquedas, de preguntas, de nombres, anécdotas, de momentos pasados que pugnaban por revivir.



Primer reencuentro de antiguos compañeros del Colegio de Herbón el 10 de agosto 2002 en el restaurante "Prada a Tope" en Cacabelos (León)

Desde el primer encuentro en Cacabelos de León, ya se han sucedido algunos otros y somos muchos los que mantenemos comunicación y contacto permanente. Pero, junto a la inevitable emoción del encuentro, la constatación de que los años afectan a la fachada de cualquier edificio, por noble que sea, y de todas esas cosas que suponen los recuerdos, ha surgido también la necesidad de buscar lo que hoy pudiera perdurar de aquella época, para lo cual es inevitable entrar en la esencia y el fundamento de lo que entonces nos estaba conformando.

Desearía, al hilo de la común historia y también de la personal e íntima historia que ya me pertenece de manera exclusiva, hacer algunas consideraciones sobre asuntos y problemas que me han preocupado siempre, pero más ahora en esta etapa de la edad tardía en que ha entrado mi vida y mi tiempo transcurre en evocar, en identificar las escenas, las savias y sustancias que me han alimentado y nutrido desde que aprendí a pensar y a sentir, a pensarme y a sentirme como ser distinto ante las realidades circundantes. Es ésta una hora en que se van estableciendo en cada uno las que pueden ser últimas posturas y actitudes, en que van perdiéndose tal vez los aromas evanescentes de todo lo que hemos tocado en el roce con el mundo y sólo queda ya lo definitivo como una esencia concentrada de lo que se ha ido experimentando de manera más íntima y personal. Y es entonces cuando no queda otro remedio que el de examinar por qué caminos hemos llegado al punto y hora en que estamos, qué frutas hemos exprimido para obtener los jugos que nos alimentan y nos calman, o tal avivan, la sed.

Sé que algunos de mis compañeros y amigos, y yo mismo, hemos derivado los caminos de la madurez por sendas que los inicios herbonenses no podían hacer presagiar. Por eso he sentido la necesidad de hurgar en el contenido más íntimo de los años transcurridos. Sabemos

que, después de tanto tiempo, gran parte de las ideas, sentimientos y proyectos de aquel entonces han tenido que sufrir transformaciones importantes, que los entusiasmos juveniles duran normalmente lo mismo que la edad y que algunos desengaños siempre nos van marcando, pues la vida es pródiga en este tipo de dones.

Hay entre mis compañeros y amigos de entonces quienes han afianzado la fe y creencias en las que fueron iniciados, otros que navegan, como la gran mayoría, entre las aguas de un tolerante y difuso escepticismo, y quienes han desembocado en un ateísmo tan decidido como lo era antes su fe. La historia de cada uno es un camino que sólo él conoce, y las idas y venidas entre Jerusalén y Damasco registran al final iluminaciones y cegueras diversas, pues cada cual monta distinta cabalgadura, se cae y se levanta atendiendo voces que sólo él puede oír.

En lo que toca al itinerario que conjuntamente hemos seguido en los tiempos que consideramos de formación, puede cada uno hacer sus propias valoraciones. Hubo unos hechos que son historia y que recordamos y hubo también unas vivencias de estos hechos en la intimidad de cada uno. Las mías fueron bastante parecidas a las que aquí intento perfilar. Lo que voy a decir tiene mucho de confesión. En modo alguno pretendo, sin embargo, acusarme, tampoco defenderme —¿de qué, de quién?— y menos aún acusar a nadie. Mi aceptación del dogma laico de la libertad humana, como de otros, es muy limitada. Lo que yo pienso es que todos, de alguna manera, hemos sido víctimas, los de arriba y los de abajo, lo cual hace un poco inútil todo intento de endosar responsabilidades y culpabilidades. Bastante carga de angustia y sufrimiento lleva cada cual en su corazón para que yo intente añadir un solo gramo a la pesadumbre de nadie.

## 1. Tiempo inicial: Louro

Aunque esto no es en rigor una historia, a veces es conveniente comenzar por el principio. Daría lo mismo que hubieras nacido en cualquier otra parte. O tal vez no, eso nunca se sabe. Parece que, según las últimas investigaciones, es importante, puede que decisivo, el lugar en donde naces y también el tiempo. Se dice incluso que es muy conveniente saber otras circunstancias del hecho, por ejemplo quiénes y cómo eran tus padres, tu familia más próxima y otros detalles que inevitablemente están conectados con éstos y los condicionan. Pues bien, sin ninguna razón especial que se conozca, el caso es que las primeras imágenes y las primeras palabras, así como las primeras emociones y tal vez también las primeras heridas de que tienes constancia corresponden a un lugar de la geografía del fin del mundo, un paraje modesto en los confines de la tierra, frente al mar de poniente, sobre el cual, en el límite más remoto, cada tarde el sol pomposamente oficiaba sus exequias. En general, los mapas de superficie ignoran su nombre, pero, en la geografía del corazón, persiste de forma indeleble.

Como siempre sucede, este nombre es de los primeros que se aprende y de los que más complejos sentimientos despertarán a lo largo de toda tu vida. Así que Louro, el pequeño lugar donde el destino situó tu origen, será para ti, más que un nombre, un paraíso. Lo de paraíso parece un lugar común en cuanto que tratamos de evocar con él una infancia de la que, selectivamente, hemos eliminado los hechos más penosos. Más bien es un lugar como apenas hay ya. En tus ojos perduran claridades de aguas marinas y velas blancas. Volvían, con el dorado sol de la tarde, las lanchas del verano. Aparecían por la punta del monte Louro una tras otra y un rastro inquieto y volátil de gaviotas las seguía... Del otro lado de la ría se alargaban los montes de la sierra del Barbanza que termina en Corrubedo, el mar en medio como un camino por donde lanchas, tarrafas y dornas, desde Noia y Muros hasta Finisterre o cualquier fin de la tierra, transitaban y faenaban, convirtiendo la necesidad en poesía.

Muy pocos son los datos concretos que tus recuerdos pueden ofrecer de aquel tiempo inicial. Conservas, sin embargo, la vaga sensación de una entrada en la vida sin sobresaltos, sin angustias, con la prosaica y auténtica felicidad de la existencia transcurrida con naturalidad, las ocupaciones, diversiones y temores comunes a todos los niños de tu entorno, como si el guión, establecido de antemano y mucho tiempo atrás, se lo supiera todo el mundo de memoria.

El mar es una obsesión indeclinable. Cuando algo más tarde, ya con diez años, te trasladaste a Herbón, donde no veías el mar, notabas, lo recuerdas bien, que la atmósfera, tu aire vital, había cambiado de esencia. Fue una sensación primaria en que lo olfativo definía un mundo de sensaciones y sentimientos. Cuando dejaste de respirar el mar, te sentiste extrañado, transportado a regiones que no eran las que llevabas dentro. No lo olvidarás.

Ahondas un poco en los sedimentos de la memoria y aparece a flor de piel aquel rincón franciscano, el de tu pueblo, delicioso y escondido paraje, gemelo de aquel otro de Herbón. Sin saber por qué lógica extraña o por cuál venerable superstición, los dos recintos sagrados del lugar de tu infancia se encuentran apartados del pueblo: en un extremo, la iglesia parroquial con su cementerio abierto al mar y sus “campas” cubiertas de blanquísima arena, adornadas de conchas marinas, y, en el extremo opuesto, el cenobio franciscano, vetusto y rústico, humilde y recóndito, encerrado en sus muros, dentro de los cuales corre el agua del paraíso nacida en la fuente de Santa Rosa. El bosque del convento, el convento mismo y los frailes de San Francisco que allí vivían eran como un patrimonio común del pueblo, algo que desde pequeños habíamos incorporado a nuestro mundo, con el que habíamos crecido.

Todos amábamos aquel lugar entrañable, donde, además, habían tenido lugar algunas iniciaciones rituales que confirmarían todo nuestro futuro. Aunque el bautismo era asunto parroquial, el convento atraía irresistiblemente a los niños, que allí aprendían catecismo y hacían su primera comunión. Muchos aprendimos a “ayudar a misa”, como allí decíamos, y diariamente nos levantábamos muy temprano para recorrer los varios kilómetros que nos separaban del convento. Los domingos todos los niños acudían a la misa del catecismo, cuyo director, el P. Miguel Soto, organizaba además para nosotros excursiones y actividades deportivas.

Y recordando esto, no puedo olvidarme de ti, a quien volví a ver y abrazar muchos años después y -¿quién nos lo iba a decir entonces!- hasta fuiste testigo de mi matrimonio a puerta cerrada. Los frailes te llamaban P. Soto, pero nosotros te decíamos P. Miguel, por aquello de que éramos de Louro. Te queríamos, viejo. Y tú fuiste, como dicen ahora los creadores del lenguaje, el culpable de que aquel niño, a quien cariñosamente llamaste siempre Poliño por el apodo de mi familia, tuviera la peregrina idea de decirle un día a su madre que quería entrar en el convento. Ahora que ya te has ido, mi emoción te sigue allí donde estés.

Si miras atrás e intentas hacer alguna reflexión, te vienen al pensamiento los lugares comunes que normalmente concurren en estas cosas. ¿Es verdad que tu destino estaba marcado en algunas estrellas que tú contemplabas y que te seguían de cerca? ¿O era Dios la estrella que te señalaba el camino? ¿O fue simplemente lo que fue, un hecho que desencadenó toda la vida, pero que ni tú controlaste ni pudiste controlar, porque entre otras cosas, la libertad es sólo un bello e imposible sueño?

Has escrito en algún sitio, en algún papel que conservas desde los catorce, que aquel año hubo en Louro una misión. De las de antes, ¿comprendes? Dos predicadores, religiosos pasionistas, arremetían contra todo el pueblo durante unos días y en ocasiones lograban alguno de sus propósitos. Según dices en esas líneas –siempre tuviste la mala costumbre de escribir cosas sobre ti mismo- el predicador más joven, que se encargaba de los niños, debía de conocer alguno de los caminos que entraban en tu corazón porque algo dejó depositado en él, algo que, unido a la labor de los frailes de que hablaste, con el P. Miguel a la cabeza, acabó por despertar en ti el impulso de ir a Herbón. Lo que en esos mismos papeles dices del ansia de soledad que se te metió en el alma, ya me parece

una interpretación romántica de tus catorce años y después del adoctrinamiento correspondiente. Pero así consta allí.

Tenías nueve años cuando empezaste a pensar en seguir los pasos de otros vecinos del pueblo mayores que tú. Debían de ser tiempos propicios para este tipo de cosas. Domingo Juan estaba ya en Herbón, Agustín era un predicador de renombre y profeta en su tierra, Chindo destacaba en su afán teológico y frecuentaba la escolástica salmantina. Su tío Severino misionaba en tierras de Venezuela, en donde también perdió la vida en accidente de circulación. No faltaban otros ejemplos, incluso de pueblos cercanos, que ya habían iniciado el camino que querías emprender. Aún recuerdas nombres: Ángel Uhía, Ángel Viro, Simón, Baltasar, Florentino, Fernando y algunos más. La decisión la tomaste con otros dos amigos. ¡Cómo nos ha separado la vida a los tres que durante algunos años lo compartimos todo! Eleuterio y Manuel María eran tus amigos de la escuela que, juntamente con otros, frecuentábais el convento, lo que equivale a decir que os pasábais el día juntos. Eras tú el más pequeño de los tres.

Resulta que el bendito P. Miguel consiguió que te admitieran en Herbón con diez años recién cumplidos, cuando la edad mínima requerida era la de once años. Coincidiendo con una tanda de ejercicios espirituales para superiores de conventos, que aquel verano se celebró en Louro, el mismo rector de Herbón, José María Vázquez, os hizo un pequeño examen. Según tus recuerdos, no saliste muy airoso del mismo, pero tus compañeros no debieron tampoco hacerlo mejor. Algún detalle debiste mostrar de relativa madurez porque te admitieron, a ti y a los otros.

Aquel fue nuestro último verano en libertad, el crepúsculo de nuestra infancia. Ya estábamos señalados, apartados, en algún modo segregados. Los demás ya nos miraban con algo de recelo o de envidia o simplemente con otro matiz no del todo definible. Nos quedaban por delante los restos de un verano que ya sería definitivo. Aunque siguiéramos siendo niños, nuestra infancia quedaría bruscamente clausurada. La perspectiva a la que nos enfrentábamos era la de trece años de internado antes de volver al lugar de donde íbamos a salir. Naturalmente que no fue una decisión valiente. En rigor tampoco fue una decisión. Supongo que a esos años no hay decisiones. Más bien fue un impulso. Pero no absurdo, según creo. Fue sólo un hecho, un nudo más en la red que uno va tejiendo y que constituye la trama de su propia vida. Si no fue una decisión libre –aparte del condicionamiento de la edad- es porque tampoco lo son la mayoría de las decisiones que uno dice que toma a lo largo del camino. Los hechos van sucediendo y sucediéndose, encadenándose, y, a la postre, como pertenecientes y atribuibles al mismo sujeto, que resultas ser tú, forman parte de tu biografía, dan la resultante de tu vida. Eso es todo.

No tiene importancia si lo que haces está en cada momento condicionado por factores internos o externos más o menos identificables y más o menos confesables. Siempre acaecerá lo mismo. Más tarde, según el camino recorrido y la estación a donde hayas llegado, tratarás de justificar unos hechos y repudiar otros. Pero igual te valdría hacer lo contrario. Todo depende del punto en que te encuentres, cuando, como un panorama, contemples el camino recorrido. ¿Podría ser que también a ti te hayan robado el mes de abril? Tu abril fue desusado, inusual, pero en algún momento produjo también su



floración en una forma desacostumbrada, ciertamente, pero no desdeñable en diversos aspectos.

\*\*\*

Tu madre había pedido algún dinero prestado –te enteraste después– y te había comprado la ropa y un baúl para transportarla y guardarla. Tu padre te había traído el calzado desde La Coruña. De esto te acuerdas. Los zapatos, que eran marrones, recibieron una capa de betún negro. Ibas a ingresar en un Seminario. Eran las normas.

Llegó el día y nuestras madres se las arreglaron para llevar los baúles a los coches que habían alquilado y todos emprendimos, nerviosos, el camino del exilio. En aquellos momentos, éramos emigrantes y, como tales, además de los sentimientos por lo que dejás atrás, por cosas que ya no volverás a encontrar, estaba el temor a lo desconocido, que crecía a medida que nos íbamos acercando.

Saber que ese mismo día tendría que expresarme en un castellano que sólo conocía de lejos, me producía un desasosiego que perdura en mi memoria. En principio, no sabía cómo desembarazarme de mi galleguño das Rías Baixas. Pero allí estaba prohibido el gallego. Estaba prohibido el gallego y también estaba prohibido silbar. Me lo habían dicho así. La verdad es que no puedo olvidarlo.

## 2. Tiempo de llegada: Herbón

Fue por la mañana de un día claro y soleado. Bajamos las escaleras hasta el atrio de la iglesia. En el muro de la derecha, San Antoniño de Herbón, el de la letra popular, desde su ingenua figura de piedra, vertía, como un saludo, a través de su pecho, el agua simbólica. Un nuevo bautismo, un renacimiento. El presagio estaba allí...

Nunca se te ocurrió que aquello tuviera algo que ver con el Edén. Y, sin embargo, presentaba un camuflaje perfecto. Tenía incluso su reclamo del Cantar de los Cantares, verdadero "*bortus conclusus*". En más de un sentido. El Seminario franciscano de Herbón, el Seraficado, como a veces decían entonces, es un convento idílico, al que no faltan tampoco –como en el tuyo de Louro– las aguas que regaban el Edén, porque, además de sus fuentes y estanques interiores, está asentado a la orilla de un río Ulla ya remansado por la proximidad del mar, rodeado de arboledas frondosas, simbólicos viñedos y verdor inextinguible.

Sus altos muros lo protegen de un mundo exterior que ni siquiera osa invadir sus proximidades y desde allí, sumidos en la hondonada del río, es imposible divisar otra cosa que no sea un cielo distante y una lujuriente naturaleza. Si para acceder a algunos santuarios hay que remontar escaleras y subir a lo alto, para llegar aquí hay que bajarlas y descender a la penumbra. Lo prestigia, además de su situación y su belleza, una historia centenaria no exenta de hechos sobresalientes. Un auténtico rincón franciscano que, alejado del claro Mediterráneo, se ha asentado en las espesuras drúidicas gallegas. Y tal combinación resulta fascinante.

El seminario es un edificio de piedra cuya época de construcción no sé precisar y que está adosado al antiguo convento. Tiene un pabellón central, prolongado, como si fueran brazos, por otros dos laterales, dejando en el medio un amplio patio casi rectangular, de donde, por el único lado abierto, suben las escaleras, en opuestas direcciones, hacia los jardines y los campos de deporte. En la primera planta de estos tres pabellones –los claustros en el lenguaje correcto– están dispuestas las habitaciones –celdas es lo adecuado– de los colegiales. La planta baja la ocupan el salón dormitorio para los más pequeños, un salón de usos diversos que sirve incluso como salón de actos, y el oratorio, bajo el claustro del centro.

Desde la portería del convento, en donde permanecimos con nuestras madres hasta la tarde, pudimos ver a los colegiales –esta denominación era oficial– pasear por el claustro, salir al patio alborotadamente y dirigirse a la alameda y a los jardines para pasear y a los campos de deporte que estaban más arriba, ya que el terreno es un pronunciado declive hasta la orilla del río. El otro pabellón que, desde la portería del convento, no se ve, prolonga uno de los claustros laterales en dirección al río. En esta edificación se encuentra el salón de estudio, con amplios ventanales que miran al bosque y, del otro lado, están las clases. En la planta baja, iluminado también por enormes vidrieras a lo largo de ambos muros, se encuentra el refectorio.

El P. Miguel había viajado con nosotros y el hombre ejerció toda su influencia para que a los tres amigos nos colocaran en celdas individuales, cosa reservada en principio a los ya veteranos y mayores. Pocos días más tarde, se olvidaron del P. Miguel y nos cambiaron al dormitorio de salón corrido donde, con los más pequeños, permaneceríamos dos o tres años.

Aquella tarde, con tus diez años en los ojos, te pusiste a llorar. Es tu primera memoria del llanto. Cuando tu madre y las madres de los amigos que contigo entraron en Herbón se habían ido, cuando en el oratorio, disciplinadamente, intentabas seguir el rezo del rosario, comenzaste a sollozar. Sólo tenías diez años y, según las fotografías que guardas, una carita de niño que en algo se parecía a la ternura. Tu mirada era clara y azul y tu inocencia total. Pero escondiste tus lágrimas y ese pudor todavía lo conservas. A partir de la media tarde, un mundo se cerró definitivamente y otro se abría. Nosotros, los que entrábamos ese año, éramos “los nuevos”.

### 3. Tiempo de iniciación

Las fotografías que ahora tienes delante, sobre la mesa, te llevan directamente, mejor que ningún ejercicio mental, al mundo de los recuerdos, al centro de una historia que comenzó un día que también dejaste consignado por escrito: 20 de septiembre. Una fecha para tu historia.

En la primera foto apareces, con tus compañeros de curso, posando en grupo para el documento que habría de añadirse al álbum oficial: año de ingreso 1955. La fotografía que tú rescataste después de dicho álbum oficial, es de dimensiones mínimas. En principio, allí deberíamos estar todos. Pero esto no coincide enteramente con mis borrosos recuerdos. Siempre había retenido en la mente un número que rondaba los cuarenta, pero en la fotografía sólo cuento veintisiete. En los jardines del colegio. Grupo enternecedor porque somos los niños que hace unos días jugábamos en el pueblo o desnudos nos bañábamos en la playa, y que hoy estamos vestidos con el hábito del colegio que en adelante nos pondremos cada vez que haya que salir al exterior y también para los actos más solemnes de la vida interna.

Allí estamos muy bien distribuidos, felices, sonrientes, ignorantes –como debe ser– de todo lo que está comenzando en esos momentos. Llevo dentro los nombres de todos, sus caras. Nuestro hábito nos sentaba como si hubiésemos nacido sólo para vestirlo. Mirada la cosa con humor, parecemos la foto de algún concurso, no de disfraces, sino de alta costura infantil. Más allá de todos los sarcasmos y de cualquier reivindicación tardía, el documento gráfico es fascinante.

El hábito no es todavía el de San Francisco. Se trata de un vestido talar, amplio como el de un fraile, ceñido a la cintura por el cordón franciscano con sus tres nudos, y una esclavina jacobea sobre los hombros y que llegaba hasta la cintura. De un color café con leche claro, con finas líneas oblicuas algo más oscuras, tirando al marrón. Yo sé que pocos de los que allí están conmigo me seguirán en mis sentimientos. Tal vez la vida los ha hecho ya más duros y son capaces de mirar el pasado con ojos críticos, pero lo que en mí suscita la fotografía cada vez que la miro es la pura imagen de la inocencia. ¡Pena que la edad de la inocencia sea tan corta y deje paso tantas veces al resentimiento!

\*\*\*

El Seminario de Herbón es la primera etapa de una larga carrera que tiene como final la ordenación sacerdotal, a una edad mínima de 24 años. La carrera completa estaba estructurada de la siguiente manera:

-cinco años, destinados al estudio de las humanidades, en Herbón. Terminados con éxito estos cinco años, continúa la

-etapa santiaguesa del Noviciado, previa la toma del hábito. Durante este años se suspenden los estudios humanísticos, que son sustituidos por una severísima iniciación teórica y práctica a la espiritualidad y vida religiosa franciscana. Si la Comunidad te acepta, terminarás el año con la emisión de los votos temporales –pobreza, castidad y obediencia- también llamada profesión simple, con una duración de tres años. Si, pasados esos tres años, no has cumplido los 21 de edad, renovarás esos votos temporales hasta los 21, en que ya podrás emitir los votos perpetuos en la profesión solemne.

-pero, acabado el año de noviciado, y hecha la primera profesión de votos temporales, pasarás al Convento de Pontearcas donde terminarás las humanidades y cursarás los tres años de filosofía.

-los cuatro últimos años los pasarás en Santiago con los estudios teológicos. Si, acabados éstos, has cumplido los 24 de edad, puedes ser ordenado sacerdote, con lo cual has alcanzado la meta de una carrera que ha durado, como mínimo, trece años.

\*\*\*

Nadie de los que estamos en la fotografía sabíamos nada del curriculum que acabo de esbozar. Nuestra mirada no sobrepasaba los muros que nos rodeaban en la hondonada del Ulla y nuestro objetivo era muy inmediato. Se centraba en salir airosos del día a día y del año a año, promocionando de curso. De lo ardua que era la empresa, nos hacíamos cargo a primera vista, al contemplar la diferencia numérica entre los alumnos que intentábamos empezar y los que acometían ya el quinto curso.

Los días de vacaciones se van agotando. No me queda ya el recuerdo de aquellos primeros momentos, pero, entre las cosas que habrá que hacer, tendremos que organizar la vida, ubicarnos, aprender el reglamento y preparar el nuevo curso. Para introducirnos en el sistema, los “nuevos” tenemos clases especiales durante algún tiempo.

\*\*\*

Aparte del horario y la organización escolar por cursos, yo diría que uno de los pilares en que se fundaba la vida diaria eran las filas. Los primeros días tuvimos que pasar todos por el tallaje, los nuevos y los viejos. Todos los movimientos dentro del Colegio o fuera de él se realizaban en formación. Dos y paralelas eran las filas. Ya de mañana se formaban en el claustro central –donde, por falta de espacio, cada una se dividía en dos- antes de bajar al oratorio para las oraciones, la meditación y la misa de la mañana. Iniciaban cada fila los dos más pequeños y los seguíamos los demás por orden de estatura.

Yo figuraba como segundo de una de ellas, lo cual quiere decir que era el tercero o cuarto más pequeño. Recuerdo mi medida exacta: 1 metro y 29 centímetros. Creo que Eleuterio era el segundo más pequeño, pues encabezaba una de las filas, y por eso pudimos continuar juntos un año más. Porque las filas afectaban a los desplazamientos, pero también a los emplazamientos: en la capilla, en el refectorio o comedor y creo que incluso en el salón de estudio y en las clases. Te pasabas la vida metido entre dos compañeros: el que era algo más pequeño que tú y el que era algo más alto. Todos los años había que tallarse, por aquello de que venía gente nueva y los demás también crecían, aunque no todos en la misma

proporción. Y cada año había cambio de compañeros. Era cosa de ver la formación, tanto en el claustro por la mañana o siempre que estábamos en el interior, como en el patio al terminar los recreos.

Las señales para el cambio de actividad las daba la campanilla que un encargado manejaba. Al frente de la formación, vigilando las posturas y los comportamientos, estaba el P. Maestro. He dicho el P. Maestro. Los frailes vivían en Comunidad, cuerpo de edificio más antiguo y distinto del Colegio. Tenían su propio reglamento y su vida religiosa conventual.

Pero con nosotros había dos que vivían en nuestro recinto, en dos habitaciones con alcoba y despacho. En todo momento, a cualquier hora del día o de la noche, había uno con nosotros. Se turnaban para no dejar nunca desguarnecida la vigilancia y su sola presencia era suficiente para mantener la vigencia del orden, del silencio, de la absoluta disciplina. No tenían los dos la misma autoridad. Durante años, el primero resultó ser insoportable para la mayoría y el segundo afable y confiado. Como notó alguien, eran en el Colegio, la encarnación del doble principio del bien y del mal. Un poco desequilibrada la igualdad a favor del mal, añadido yo. Uno era el máximo responsable y el otro era un poco su ayudante. Además de la disciplina –maestros de disciplina era su denominación técnica- dependía de ellos toda nuestra formación, física, humana y religiosa, con la sola exclusión del ámbito estrictamente académico. El P. Maestro dirigía o vigilaba nuestros rezos, nuestros recreos, comidas, estudios, amistades, lecturas... y consecuentemente, nuestros pensamientos. Para todo había que recurrir al P. Maestro. Para todo había que pedir permiso y dirigirse a él con un extraño tratamiento que yo nunca logré explicarme:

–Benedícite, ¿puedo pisar el jardín para recoger la pelota que cayó allí?

Pero, antes de poder pronunciar esas palabras, debías acercarte a él, besarle la mano o el extremo de la manga del hábito, a la altura de la muñeca. Sólo entonces podías hablar al Benedícite.

El P. Maestro estaba presente día y noche. Estaba presente en nuestra vida y en nuestra conciencia. Era nuestro pequeño dios cotidiano. Nuestra vida estaba patente ante él y la felicidad de cada uno estaba también en los ojos del P. Maestro.

–Benedícite, el hermano Ángel me está molestando...

Si para dirigirnos al P. Maestro le decíamos Benedícite, el trato entre los colegiales era de hermano. Cada uno podía hacer una pequeña elección cuando llegaba al Colegio de cómo prefería que los demás le llamasen. Así sucedió que, de los tres amigos que íbamos de Louro, todos elegimos diversamente. Manuel María pensó que llevar una María en el nombre, en el lugar donde se hallaba, era igual de penoso que llamarse Pena, su primer apellido, y escogió el más silvestre de Silva, que era el segundo de los suyos: hermano Silva se llamó. A Eleuterio le pareció bien su nombre, pues no se confundía con ningún otro, y, en cuanto a mí, acepté con gusto ser Rey por el resto de mis días. Era mi primer apellido. Yo sería el hermano Rey. No conozco caso alguno de monarquía franciscana. Quizás nunca en la historia se había llegado tan lejos.

–Hermano Rey, su caridad me está molestando...

Aunque no lo parezca, la caridad a la que se refiere el hermano que me habla no es ninguna virtud teologal que yo posea y que le moleste al susodicho. Mi caridad soy yo mismo. A los sacerdotes los tratábamos de Su Reverencia y a los colegiales –nuestros hermanos de al lado, nuestro compañero de filas– de Su Caridad. Tal vez las mayúsculas sean excesivas, pero el hecho es así. Extraño tratamiento que, probablemente, alguna virtud pudo tener poniendo un poco de distancia y de respeto en un internado de niños y adolescentes tan cerrado y sin horizontes como aquel. Lo mismo que se trataba a uno de Hermano y Su Caridad, estaba prohibido tocarle. Diré mejor: estaba prohibido tocarse. Esa era la expresión.

–Benedícite, Hermano Silva me está tocando...

Tocarse era, como en el baloncesto, falta personal. Tenía castigo.

\*\*\*

Los hermanos colegiales están en fila. Al frente, el P. Maestro, controlando la situación. El P. Maestro saca las manos de las mangas del hábito y da una pequeña palmada. La serpiente se pone en movimiento. Los alevines rompen la marcha y todos los siguen hasta el último, el más alto del quinto curso, el Hermano Mayor, que, en cualquier coyuntural ausencia del P. Maestro, hará las veces de éste. Mira cómo pasan todos delante del P. Maestro, con los brazos cruzados delante del pecho, embutidos en su guardapolvo. El guardapolvo. El uniforme de diario para todo y en todo momento, era el guardapolvo. La palabra no es hermosa.

El diccionario lo define como “sobretodo de tela ligera”. El guardapolvo gris de los colegiales. Creo que, además de su función práctica indudable, tenía otra función ideológica y moral. La interpreto como un intento –conseguido, sin duda- de ocultar al mismo tiempo la condición mundana –el traje o vestido del siglo– y ciertas posibles manifestaciones de virilidad adolescente, que así quedaban sin repercusión social alguna. No andaban descaminados nuestros frailes al inventar el guardapolvo. En realidad, guardaba muchas cosas.

\*\*\*

Una vez que los timbres han espantado todos los malos sueños –también los buenos, si los hay– y despertado a los durmientes que, en el salón dormitorio, han sonado las palmas del encargado en la primera llamada del día, todos, desde sus celdas, que no tienen puerta, sacan al pasillo sus palanganeros y se lavan sumariamente las caras. Después irán a los servicios a verter las aguas sucias y traer otras limpias para mañana. Es este un trasiego muy animado, que muchos aprovechan para bromear dada la informalidad y confusión del momento. Todos se visten en absoluto silencio. Algunas veces, si es fiesta, suena como despertador una música clásica a la puerta de la habitación del P. Maestro.

La segunda llamada ordena la formación de las filas en el claustro central. A la señal convenida, las filas se ponen en movimiento hacia el oratorio. En mi memoria quedan estas cosas de forma muy poco precisa. En el oratorio se rezan a coro algunas oraciones: *Adoramus te, Christe...* No sé si también hay algún rato de oración personal en silencio. Después, el P. Maestro oficia la misa, ayudado por algún colegial. Termina el acto con la acción de gracias.

El oratorio tiene su puerta frente a la del refectorio. Es fácil la transición. Delante de las mesas, dispuestas también en cuatro largas filas, se van colocando los colegiales para rezar antes del desayuno. Como norma general, se leía durante todas las comidas. Desayuno y cena, una sola lectura. Al mediodía se hacían dos: la Biblia en latín y castellano, con profusión de notas de gran erudición a pie de página, y otra lectura de un libro instructivo o edificante. Los días de fiesta, sólo la Biblia. El P. Maestro dispensaba de la segunda lectura y, con un *Benedicamus Domino* más o menos entusiasta, daba permiso para charlar. A veces, lo hacía simplemente porque él estaba de buen humor. Para mi confusión, no conservo recuerdo alguno del contenido alimenticio de nuestros desayunos. Terminada la pequeña refección, de nuevo las filas y el rezo. Ordenadamente, subía cada uno a arreglar su habitación.